

## CAPITULO CCLIX.

Disuelve el rey de Francia la triple alianza.—Conducta de la Reina regente.—Incendio del monasterio del Escorial.

¡Cual si no fueran suficientes todos los males que, según hemos tenido ocasión de ver, estaban afligiendo á España, presentóse otro nuevo que aún cuando se desvaneció pronto no por eso dejó de producir general temor é inquietud.

En el año 1670, el niño rey adoleció de una enfermedad tan grave que puso su vida en peligro. Naturaleza débil y enfermiza, la más pequeña afección bastaba á revestir un carácter peligroso, ocasionado á producir hondas perturbaciones en el país.

La conservación de aquella criatura, á pesar de la flaqueza de su espíritu y de la cortedad de sus alcances, era indispensable en aquellos momentos, para enfrenar un poco siquiera tantas ambiciones como pululaban alrededor de su trono, tanto en el interior como en el exterior.

De aquí todos los temores producidos por su enfermedad, temores que felizmente fueron de corta duración, puesto que al salir de aquella enfermedad pareció que hasta se robustecía mucho más que lo estaba antes.

Teniendo en cuenta la ambición de Luis XIV y la conducta seguida por él hasta entónces, puede comprenderse que del mismo modo que cuando á sus intereses convino, saltó por encima de la paz del Pirineo, saltaría también sobre la de Aquisgram tan pronto juzgase que de respetarla podría perjudicarse.

Tenía de su parte la fuerza; contaba en su favor con todos los elementos que pueden contribuir á asegurar un triunfo, máxime tratándose de una nación como España, tan débil y tan abatida á la sazón, por lo tanto, no era aventurado suponer que la paz se quebrantaría tan pronto hubiese una circunstancia cualquiera que pudiera servirle de pretexto.

Irritado como estaba con Holanda, que precisamente había puesto término á su carrera de triunfos, si así podemos expresarnos, por medio de aquella triple alianza de que hablamos en otro lugar, no podía perdonarle ni el atrevimiento que con él usara, ni la medalla conmemorativa que se hizo respecto á aquel suceso; medalla en la cual se representaba á Josué deteniendo al sol en mitad de su carrera.

La ambición le alentaba; contaba con un poderoso ejército; ejército mandado por generales entendidos que se habían acreditado por sus rápidas conquistas en Flándes y en el Franco-Condado, y en su consecuencia se decidió á dominar la Holanda, castigo merecido, según él creía, por la grave falta cometida respecto á él.

Ayudáronle á esto las plazas fronterizas fortificadas por el famoso Vauban, por aquel sistema cuya denominación tomada de su mismo nombre ha llegado hasta nosotros.

«Sin embargo, dice un historiador, para asegurar más su triunfo, quiso deshacer ántes la triple alianza, separando de la confederación de Holanda, la Inglaterra y la Suecia. A la primera de estas naciones envió su hermana, la duquesa de Orleans, á quien no fué difícil conseguir su objeto, como que sabía que el rey Carlos II, príncipe voluptuoso y pródigo, no había de ser insensible á los halagos del sexo y á los atractivos del oro. La Suecia no fué tampoco indiferente á los medios de seducción y á las artificiosas promesas del rey Luis. Con lo cual aquellas dos potencias dejaron á la Holanda abandonada y sola para resistir á un enemigo tan poderoso como el monarca francés (1670). Viendo los holandeses la tempestad que les amenazaba, y convencidos de no poder conjurarla ellos solos, buscaron aliados más fieles que los que ántes habían tenido, y pidieron auxilios á las casas de Austria y España, rivales eternos de la Francia y de los Borbones. Intentó también el francés separar á España de esta nueva confederación, no dudando que la Reina regente, débil como se hallaba el reino, no querría exponerse á sufrir las consecuencias de un enojo, y aceptaría sus proposiciones. No sucedió así. La reina D.<sup>a</sup> Mariana, persuadida de la imposibilidad de conservar lo que aún poseíamos en Flándes, una vez subyugada por el francés la Holanda, desechó las promesas y las amenazas del rey Luis, y envió tropas y dinero á Flándes, ó para defender nuestras plazas ó para ayudar si era menester á los holandeses.»

No creemos que anduviese muy acertada la Regente obrando así, puesto que debía colegir que una negativa tan rotunda y el auxilio tan eficaz prestado á sus contrarios, había de excitar el enojo del rey de Francia, dándole tal vez el pretexto que andaba buscando para romper la paz anteriormente ajustada.

Más atinada anduvo la Reina regente en las contestaciones que mantuvo con Alfonso VI, destronado rey de Portugal, y confinado en las islas Terceiras, del mismo modo que en las conferencias que en Madrid celebró con su enviado el imprudente favorito conde de Castel-Melhor, que trataba de empeñarla en nueva y peligrosa guerra con Portugal.

Rechazó con justa indignación D. Mariano las proposiciones del desterrado monarca y del mal aconsejado ministro y valido, causa principal de la ruina de su confiado señor.

Dejóse, sin embargo, arrastrar por la pasión del parentesco y de la patria más bien que por la conveniencia de la nación, que en nombre de su hijo gobernaba, al aceptar la alianza con el Imperio y con Holanda, alianza disculpable en cierta manera.

Pero debió prever las gravísimas consecuencias que podría tener para España el empeñarse en una guerra con el monarca francés, poderoso, rico, con numeroso ejército, contando con experimentados generales acostumbrados á vencer, cuando esta nación se hallaba aniquilada, pobre, sin soldados, sin generales, y sufriendo en todas partes los reverses de la más adversa fortuna, como hemos tenido ocasión de ver.

Además, todos los hombres previsores estaban completamente convencidos de que la pérdida de los Países-Bajos era inevitable, y loca la pretensión de sostenerlos violentándoles á la obediencia de la metrópoli.

Daba á esta situación, ya triste de por sí, colores más lúgubres la calamidad que aquel año tuvo lugar en Cádiz, en cuya bahía quedaron sumergidos más de sesenta bajeles á consecuencia de un furioso huracán, pérdida irreparable y más sensible aún por la imposibilidad de suplirla, sin contar que las innumerables desgracias personales allí ocurridas, llenaron de luto y consternación á otras tantas familias, quedando además la población casi en ruinas por el deshecho vendaval.

Con este lamentable suceso coincidió otro lastimoso en extremo para todos los españoles.

Incendióse el monasterio del Escorial, durando el fuego más de quince días, reduciendo á cenizas multitud de libros, manuscritos de la biblioteca y otras preciosidades.

La importancia de este suceso para la historia de un monumento que tan intimamente ligada está con la general de nuestra patria, nos mueve á tomar algunos párrafos de la curiosa obra en que le describe Quevedo en la 2.<sup>a</sup> parte, cap. III.

«Describir todos los pormenores de aquella noche terrible (dice refiriéndose á la del 7 de junio en que comenzó), pintar todos los esfuerzos que se hicieron para contener el incendio, dar una idea de la allicion, de la lástima de verse consumir por momentos aquella maravilla del arte, sería cosa imposible; la imaginación puede concebirlo, pero no es fácil á la lengua expresarlo. Las agujas de las torres, los altos chapiteles, el voluminoso enmaderado de las cubiertas, se iban desplomando uno tras otro, con detonaciones horribles que hacían retremblar el edificio hasta en sus hondos cimientos; á cada paso se hundían grandes pedazos de techumbre hechos arena, para luego remontarse por el aire convertidos en chispas y pavesas; el cielo, ennegrecido por una densa nube de humo, no podía verse, y por el suelo corrían los metales derretidos como lava de los volcanes.

«Consumidas las cubiertas y desplomadas sobre los pisos inmediatos, rompía el fuego por puertas y por ventanas que semejaban cada una de ellas á horribles bocas del averno; las comunicaciones se interceptaban; las voces, lamentos y desentonados gritos de los que se avisaban del peligro, tomaban disposiciones ó se lamentaban de tamaña pérdida, aumentaban la confusión y el espanto: el calor iba penetrando hasta en las habitaciones más retiradas, y estaba ya muy próximo el momento de tener que abandonar el edificio si querían conservar las vidas.

«En todas partes se combatía con empeño, pero en todas era escasísimo el resultado; la voracidad del fuego y la violencia del viento inutilizaban cuantos esfuerzos se hacían.

«Comenzaban ya á perderse las esperanzas de todo punto; la innumerable multitud de gente de los pueblos inmediatos que había acudido y hasta entónces había peleado con ardor y trabajado extraordinariamente (añade refiriéndose á otro día posterior), se iba cansando de una lucha inútil al par que peligrosa; el humo y las pavesas lo habían invadido todo; los escombros interceptaban la mayor parte de los claustros y escaleras; nadie daba un paso sin temer que el pavimento se escapase bajo sus pies, ó que el techo se desplomase sobre su cabeza.

«Gran parte de los religiosos acogieron á la única esperanza que les quedaba; acogiéndose al poder de Dios corrieron á la iglesia, y allí, guarecidos en un rincón de la capilla, unos imploraban la divina clemencia con devoción y lágrimas, otros se esforzaban en desarmar la cólera del cielo, dándose sangrientas disciplinas.

«Juzgando ya imposible salvar nada en el edificio de lo que podía quemarse, dirigieron sus esfuerzos á librar algunas de sus preciosidades... Veíanse discurrir por todas partes multitud de gentes cargadas con pinturas, reliquias y ornamentos... El tercer día del incendio se temió que todo se perdiese, hasta las alhajas y demas efectos que se habían puesto en salvo...

«Quince días se prolongó esta lucha terrible sin que en ellos se descansase un momento... Por fin, el 22 de junio se logró apagar de todo punto las llamas. La alegría y el pesar combatían á un mismo tiempo los corazones de todos.»

Felizmente aquella pérdida reparóse más tarde en cuanto fué posible, pero á todos los españoles nos dolerá siempre el recuerdo de haber desaparecido en aquella catástrofe tantas riquezas artísticas y literarias como allí había reunidas y que se quedaron reducidas á cenizas.



EL CONDE DE MONTEREY.



## CAPITULO CCLX.

Guerra de Francia con Holanda.—Actitud de España.—Sitio de Maestrick.

**V**olvamos á los importantes acontecimientos que iban á influir profundamente en los futuros destinos políticos de España.

Epoca es la que relatamos preñada de hechos que concurrieron á debilitar á la potencia poco ántes más importante de Europa.

Una vez que Luis lo tuvo todo dispuesto declaró la guerra á la Holanda, después de dar un manifiesto, fechado en 7 de abril de 1672, en el cual se quejaba de un modo vago de los agravios é injurias que decía le infirieron los holandeses; agravios é injurias por los que tomaba contra ellos las armas.

También el rey de Inglaterra, en otro manifiesto que dió, quejándose de ofensas inferidas por los holandeses á sus súbditos en las Indias, obligándoles á batir el pabellón delante de sus bajeles: «In-solencia de ingratitud, decía, querer disputarnos el imperio de la mar, los que en el reinado del difunto rey nuestro padre nos pedían licencia para pescar, pagándonos un tributo.»

El arzobispo de Colonia y el obispo de Munster pusieron de parte de Francia é Inglaterra, y su concurso no era de despreciar.

Las dos grandes potencias aprestaron sus fuerzas inmediatamente, y tres cuerpos de ejército frances invadieron la Holanda, mandado uno de ellos por el mismo Rey.

«Era cosa evidente, dice un historiador contemporáneo, que no podía la República resistir por sí sola á tan numerosas fuerzas; fué por tanto necesario solicitar de nuevo la protección del Imperio y de España. Confió el cargo y dignidad de statuder al príncipe de Orange, Guillermo III, jóven de escasos veinte y dos años, pero de grande y precoz entendimiento, y de ejemplares costumbres, y que ofrecía las más lisonjeras esperanzas por la aptitud que ya había manifestado para el desempeño de los más graves negocios. Fuerte la Holanda como potencia marítima, sus flotas combatieron muchas veces las de Francia é Inglaterra, y el almirante Ruyter sostenía con gloria en los mares la honra de la República. No era posible por tierra hacer frente á los ejércitos de la Francia mandados por el Rey, por Turana y por Luxemburgo. Así fué que se apoderaron en poco tiempo de las provincias de Over-Issel, Güeldres y Utrech, y llegaron casi á las puertas de Amsterdam. La desesperación misma infundió un valor heroico á los holandeses; el jóven statuder se mostró digno de mandarlos, jurando estar resuelto á seguir el ejemplo de sus mayores, exhortándolos á la constancia, anunciándoles que las potencias de Europa no tardarían en prestarles su apoyo; y determinados todos á sacrificarse por la libertad y á morir ántes que someterse al frances, rompieron los diques, é inundaron el país, que era siempre uno de los recursos extremos para su defensa.

Positivamente era imposible, como dice muy bien el historiador cuyos son los párrafos que acabamos de transcribir, que Holanda pudiese hacer frente ni resistiera por sí sola tan numerosas fuerzas terrestres.

Como potencia marítima podía en buen hora, no solamente desafiarse las escuadras de sus adversarios, si que también vencerlos, como había hecho en distintas ocasiones y como en esta misma campaña verificó, pero de otra manera carecía sino de valor, de los elementos indispensables para contrarrestar á aquellos ejércitos aguerridos, mandados por experimentados generales, y doblemente formidables porque se adelantaban impulsados y alentados por las victorias anteriores.

Perfectamente comprendían los holandeses que si ellos no podían defenderse de aquellos terribles enemigos encontrarían apoyo en las demas potencias.

Y decimos que lo presumían con razon, porque tan desembozada era la ambición de Luis XIV que para nadie era un misterio el extremo á que podía llegar si no se le oponía una fuerza que siquiera contrabalancase la suya.

Este convencimiento fué el que inspiró á los holandeses la idea de defenderse hasta el último momento, para lo cual no vacilaron en recurrir á aquel desesperado medio de que ya les vimos valerse en sus famosas guerras con Felipe II.

No era de extrañar que las demas naciones se alarmasen al presenciar los repetidos triunfos del rey frances, y tanto más cuanto que su ambición ilimitada era de todas bien conocida.

Decidido resueltamente el Emperador á auxiliar á los holandeses con el fin de derrocar al coloso, consiguió también que cooperasen igualmente con él, al mismo objeto, unos cuantos pequeños príncipes soberanos del Imperio.

Tanto era el temor que Luis XIV inspiraba á España especialmente, que el embajador de la reina D.<sup>a</sup> Mariana en la corte imperial, decía en voz baja en la antecámara del Emperador:

«Si no se hace muy pronto un grande esfuerzo, temo ver á los soldados franceses sitiando á Viena, ántes que hayan pasado tres meses, como no nos decidamos á ir á ofrecer á Luis XIV el que sea rey de los Romanos (1).»

Así fué que España sacando fuerzas de flaqueza hizo el sacrificio de enviar al conde de Monterey, gobernador y general de los Países Bajos, el cual había ya tomado sus precauciones para evitar una sorpresa de los franceses, siendo de las primeras el poner las

(1) Despacho auténtico del caballero de Gremontville á Luis XIV, 30 de junio 1672.

plazas de los estados de Flándes en el mejor estado posible de defensa.

Sabido este movimiento de tropas españolas por el duque de Saboya, que había tomado partido por los franceses, declaró la guerra á la república de Génova, é invadió su territorio para entretener á aquellos doce mil hombres, pues España tenía bajo su protección á la República.

El príncipe de Orange pidió auxilio al conde de Monterey, por que había resuelto establecer el sitio de Charleroy.

El gobernador de Flándes, que procuraba hacer cuanto era posible en servicio de los deseos de la Reina y se desvelaba en bien de los intereses de España, puso á la disposición del Príncipe seis mil españoles de tropas elegidas, al mando del distinguido conde de Marsin.

Pero el de Orange no logró su empeño, y habiendo de retirarse á Holanda dejó en libertad á los españoles que volvieron á sus guarniciones respectivas.

Con este hecho ya no pudo dudar el monarca frances de la actitud de los españoles y de sus intenciones en aquel asunto.

Aunque Luis XIV infringiera todos los tratados, aun cuando faltase á todas las promesas más solemnes, no le agradaba que los demas hicieran lo mismo, y en su consecuencia aprestóse á exponer sus quejas á la corte de España.

Segun él faltaba abiertamente al tratado de Aquisgram, y por lo tanto podía exigírsele la responsabilidad que esto llevaba consigo.

La reina D.<sup>a</sup> Mariana manifestó que estaba obligada á auxiliar á sus aliados y que con esto no creía contravenir al espíritu de aquel tratado y que no había faltado á él.

Pero el rey de Francia no podía aceptar esta razon. Necesitaba pretextos, y se apoderaba del primero que se le ofrecía.

Comprendía que España era su enemiga irreconciliable y no debía sorprenderle, puesto que no le había dado motivos para otra cosa.

Tampoco tenía motivos para estar muy tranquilo el emperador Leopoldo viendo el engrandecimiento que á cada paso iba adquiriendo aquella Francia, su antigua rival y su enemiga, máxime cuando este aumento se extendía hasta la vecindad de sus Estados.

Luis XIV hizo toda clase de protestas respecto á sus intenciones, que no eran otras, segun decía, que las de mantener y observar escrupulosamente el tratado de Westfalia; mas como hartó sabido era el valor que todas aquellas protestas tenían, no se hizo gran caso de sus manifestaciones.

En su consecuencia, el Emperador procuró llevar á cumplido término la confederación de los príncipes del Imperio al objeto de levantar las tropas que fuesen necesarias y hacer todos los preparativos indispensables para entrar en campaña en la estacion más favorable para ello, prestando de este modo una ayuda eficaz á Holanda.

Las noticias que de esto tenía el monarca frances obligábanle por su parte á no descuidarse tampoco.

Convencido de que no obtenían gran crédito sus manifestaciones, aumentó sus tropas tomando á sueldo gran número de suizos y pidiendo al rey de Inglaterra que le diese ayuda.

Ocho mil hombres envióle éste, y con los que él, por los medios indicados, pudo reunir, encontróse en disposición de hacer frente á los acontecimientos.

De igual manera que había hecho en su anterior campaña, dividió sus fuerzas en tres grandes cuerpos de ejército, como ya hemos dicho, de cuarenta mil hombres, uno bajo su inmediato mando, llevando como generalísimo á su hermano, y confiando la direccion de los otros dos á Condé y á Turana.

Estos dos cuerpos habían de operar en el Alto y en el Bajo Rhin, y unos y otro dispuséronse inmediatamente á emprender las operaciones (1).

La primera empresa que acometieron los franceses en esta nueva campaña de 1673, fué la del sitio de Maestrick.

Considerada esta plaza como una de las más fuertes de Europa fué menester toda la ciencia del célebre Vauban para conseguir dominar los fuegos de aquellas formidables defensas.

En este sitio el entendido ingeniero estableció por vez primera las paralelas y las plazas de armas, y aun cuando la guarnicion resistió con un valor extraordinario los incessantes ataques de un enemigo fuerte y poderoso, llegó el momento en que no pudo ménos de decaer su ánimo, al cabo de trece días de trinchera abierta y de continuo pelear.

El príncipe de Orange, por más que trabajó, no consiguió forzar las líneas enemigas, y los imperiales y españoles que en su auxilio iban, no llegaron á tiempo.

En este caso no tuvieron otro recurso los sitiadores que capitular; acto que se verificó el día 20 de junio, saliendo la guarnicion con todos los honores de guerra, distincion que tenía bien merecida por su heroico comportamiento, siendo conducida por los franceses á Bar-le-Duc.

(1) Cessier, *Historia general de las Provincias Unidas.*



J. SERRA, III.

Lk. VIDAL, Omo 27.

TRATADO DE LA HAYA